

Dícese de la madre de Ciceron Helbia, haber sido de buena familia y de recomendable conducta; pero en cuanto al padre todo es extremo: porque unos dicen que nació y se crió en un lavadero; y otros refieren el origen de su linage á Tulo Acio, que reinó gloriosamente sobre los Volscos. El primero de la familia que se llamó Ciceron parece que fue persona digna de memoria; y que por esta razon sus descendientes no sólo no dejaron este sobrenombre, sino que mas bien se mostraron ufanos con él, sin embargo de que para muchos era objeto de sarcasmos; porque los latinos al garbanzo le llaman *Cicer*, y aquel tuvo en la punta de la nariz una berruga aplastada á manera de garbanzo, que fue de donde tomó la denominacion, y de este Ciceron, cuya vida escribimos, ha quedado memoria de que proponiéndole sus amigos, luego que se presentó á pedir magistraturas, y tomó parte en el gobierno, que se quitara y mudara aquel nombre, les respondió con jactancia, que él se esforzaria á hacer mas illustre el nombre de Ciceron que los Escauros y Cátulos. Siendo cuestor en Sicilia, hizo á los dioses una presentalla de plata, en la que inscribió sus dos primeros nombres Marco y Tulio, y en lugar del tercero dispuso por una especie de juego que el artífice grabara al lado de las letras un garbanzo. Y esto es lo que hay escrito acerca del nombre.

Dicen que nació Ciceron, habiéndole dado á luz su madre sin trabajo y sin dolores, el dia tres de Enero, en el que ahora los magistrados hacen plegarias y sacrificios por el emperador. Parece que su nutriz tuvo una vision, en la que se le anunció que criaba un gran bien para todos los Romanos. Esto, que comunmente debe ser tenido por delirio y por qui-

mera, hizo ver Ciceron bien pronto que habia sido una verdadera profecia: porque llegado á la edad en que se empieza á aprender, sobresalió ya por su ingenio, y adquirió nombre y fama entre sus iguales: tanto que los padres de estos iban á las escuelas deseosos de conocer de vista á Ciceron, y hacian conversacion de su admirable prontitud y capacidad para las letras; y los menos ilustrados reprendian con enfado á sus hijos, viendo que en los paseos llevaban por honor á Ciceron en medio. No obstante tener un talento amante de las artes y las ciencias, cual le deseaba Platon, propio para abrazar toda doctrina, y no reprobador ninguna especie de erudicion, se precipitó con mayor ansia á la poesia; y se ha conservado un poemita de cuando era muchacho, titulado: Poncio Glauco, hecho en versos tetrametros. Adelantando en tiempo, y dedicándose con mas ardor á esta clase de estudios, fue ya tenido no solo por el mejor orador, sino tambien por el mejor poeta de los Romanos. Su gloria y fama en la retórica permanece hasta hoy, á pesar de las grandes mudanzas que ha sufrido el language; pero la fama poética, habiendo sobrevenido despues muchos y grandes ingenios, ha quedado del todo olvidada y obscurecida.

Cuando hubo ya salido de las ocupaciones pueriles, acudió á la escuela de Filon, que era de la secta de los académicos, aquel á quien entre los discipulos de Clitomaco admiraban mas los Romanos por su elocuencia, y apreciaban mas por sus costumbres. Al mismo tiempo frecuentaba la casa de Mucio, uno de los principales del gobierno y del Senado, con quien hacia grandes adelantamientos en la ciencia de las leyes; y asimismo se aplicó á la milicia bajo Sila durante la guerra Mársica. Despues viendo que la república de sedicion en sedicion caminaba á precipitarse en la insoportable dominacion de uno solo, consagró de nuevo su vida al estudio y á la meditacion,

conferenciando con los Griegos eruditos y cultivando las ciencias: hasta que habiendo vencido Sila, pareció que la república tomaba alguna consistencia. En este tiempo Crisógono, liberto de Sila, habiendo denunciado los bienes de uno que decía haber perdido la vida en la proscripción, los compró el mismo en dos mil dracmas. Roscio, hijo y heredero del que se decía proscripto, se mostró ofendido, é hizo ver que aquellos bienes valian doscientos y cincuenta talentos; de lo que incomodado Sila, movió á Roscio causa de parricidio por medio de Crisógono; y como nadie quisiese defenderle, huyendo todos de ello por temor de la venganza de Sila, en este abandono acudió aquel joven á Ciceron. Estimulaban á este sus amigos diciéndole que con dificultad se le presentaria nunca otra ocasion mas bella, ni mas propia para ganar fama; movido de lo cual admitió la defensa, y habiendo salido con su intento, fue admirado de todos; pero por temor de Sila hizo viage á la Grecia, esparciendo la voz de que lo hacia para procurar la salud, pues en realidad era delgado y de pocas carnes, y tenia un estómago debil que no admitia sino poca y tenue comida, y aun esto muy á deshora. La voz era fuerte y de buen temple, pero dura y no hecha; y como su modo de decir era vehemente y apasionado, subiendo siempre de tono la voz, se temía que peligrase su salud.

Llegado á Atenas, se aplicó á oír á Antioco Ascalonita, seducido de la facundia y gracia de sus discursos, sin embargo de que no aprobaba las novedades que introducía en los dogmas de la secta: porque ya Antioco se habia separado de la que se llamaba academia nueva, y habia desertado de la escuela de Corneades, ó cediendo á la evidencia y á los sentidos; ó prefiriendo, como dicen algunos, por cierta ambicion, y por indisposicion con los discipulos de Clitomaco y de Filon, á todas las demas

la doctrina Estóica. Mas Ciceron se mantuvo siempre en aquellos principios, y á ellos dió su atencion; teniendo meditado, si le era preciso dejar del todo los negocios públicos, convertir á estos estudios su vida desde el foro y la curia, para pasarla sosegadamente entregado á la filosofía. Llególe en esto la noticia de haber muerto Sila; y como su cuerpo fortificado con el ejercicio hubiese adquirido bastante robustez, y la voz se hubiese formado del todo, resultando ser llena, dulce al oído, y proporcionada á la constitucion de su cuerpo; llamado por una parte y rogado desde Roma por sus amigos, y exhortado por otra de Antioco á que se entregase á los negocios públicos, volvió otra vez á cultivar la oratoria como un instrumento que habia de poner en ejercicio para adelantar en la carrera política, trabajando discursos, y consultando los oradores mas acreditados. Con este objeto navegó al Asia y á Rodas; y de los oradores de Asia oyó á Jenocles de Atramicio, á Dionisio de Magnesia y á Menipo de Caria; y en Rodas al orador Apolonio Molon y al filósofo Posidonio. Dícese que Apolonio no sabiendo la lengua latina pidió á Ciceron que declamara en Griego, y que este tuvo en ello gusto, juzgándolo mas conducente para la correccion. Despues de haber así declamado, todos se quedaron asombrados y compitieron en las alabanzas; solo Apolonio se estuvo inmóvil oyéndole, y despues que hubo concluido, permaneció en su asiento pensativo por largo rato; y como Ciceron se manifestase resentido: «á tí, ó Ciceron, le dijo, te admiro y te alabo; pero dúelome de la suerte de la Grecia, al ver que los únicos bienes y ornamentos que nos habian quedado, la ilustracion y la elocuencia, son también por tí ahora trasladados á Roma.»

Decidiéndose pues á tomar parte en el gobierno, lleno de lisonjeras esperanzas, un oráculo sin embar-

go contenia y moderaba aquel ímpetu; porque habiendo preguntado en Delfos al Dios cómo adquiriria grande fama, le habia aconsejado la Pitia que tomara su propia naturaleza por regulador de su conducta, y no la opinion del vulgo. Asi al principio procedia con gran precaucion, y no daba sino pasos muy lentos hácia las magistraturas, y aun por esto mismo no hacian caso de él, y le motejaban con aquellos apodos vulgares tan comunes en Roma: *Griego y ocioso*. Mas siendo él amante de gloria por caracter, y continuas las excitaciones de su padre y sus amigos, se dedicó al fin á la defensa de las causas, en la que no por grados llegó á la primacia, sino que desde luego resplandeció con brillante gloria, y se aventajó mucho á todos los que con él contendian en el foro. Dícese que estando en la parte de la elocucion no menos sujeto á defectos que Demóstenes, puso mucha atencion en observar al cómico Roscio y al trágico Esopo. De este se cuenta que representando en el teatro á Atreo cuando deliberaba sobre vengarse de Tiestes, como pasase casualmente uno de los sirvientes en el momento en que se hallaba fuera de sí con la violencia de los afectos, le dió un golpe con el cetro, y le quitó la vida; y no fue poca la fuerza que de la representacion y la accion teatral tomó para persuadir la elocuencia de Ciceron; como que de los oradores que hacian consistir el primor de esta en vocear mucho, solia decir con chiste, que por flaqueza montaban en los gritos como los cojos en un caballo. Su facilidad y gracia para esta clase de agudezas y donaires bien parecia propia del foro y sazónada; pero usando de ella con demasiada frecuencia, sobre ofender á no pocos, le atrajo la nota de maligno.

Nombrósele Cuestor en tiempo de carestía; y habiéndole cabido en suerte la Sicilia, al principio se hizo molesto á aquellos naturales por verse precisa-

do á enviar trigo á Roma; pero despues habiendo experimentado su zelo, su justificacion y su genio apacible, le respetaron sobre todos los magistrados que habian conocido. Sucedió en aquella sazón que á muchos de los jóvenes mas principales y de las primeras familias se les hizo cargo de insubordinacion y falta de valor en la guerra; y habiendo sido remitidos al tribunal del Pretor de la Sicilia, Ciceron defendió enérgicamente su causa, y los sacó libres. Venia muy engraido con esto á Roma, y dice él mismo que le sucedió una cosa graciosa y muy para reír; porque habiéndose encontrado en la Campania con un ciudadano de los mas principales, á quien tenia por amigo, le preguntó, qué se decia entre los Romanos de sus hechos, y cómo se pensaba acerca de ellos; pareciéndole que toda la ciudad habia de estar llena de su nombre y de la gloria de sus hazañas; y aquel le respondió friamente: ¿pues dónde has estado este tiempo, Ciceron? y añade que entonces cayó enteramente de ánimo, viendo que habiéndose perdido en la ciudad como en un piélago inmenso la conversacion que de él se hubiese hecho, nada habia ejecutado que para la gloria hubiese tenido mérito; y habiendo entrado consigo en cuentas, rebajó mucho de su ambicion, considerando que el trabajar por la gloria era obra infinita, y en la que no se hallaba término. Mas sin embargo el alegrarse con extremo de que lo alabasen, y ser muy sensible á la gloria, lo conservó hasta el fin, y muchas veces fue un estorbo para sus mas rectas determinaciones.

Mas al fin entregado al gobierno con demasiado empeño, tenia por cosa muy reparable que los artesanos, que solo emplean instrumentos y materiales inanimados, no ignoren ni el nombre, ni el país, ni el uso de cada uno; y el empleado, que para todos los negocios públicos tiene que valerse de hom-

bres, proceda con desidia y descuido en cuanto á conocer los ciudadanos. Por tanto no solo se acostumbro á conservar sus nombres en la memoria, sino que sabia en qué calle habitaba cada uno de los principales; qué posesiones tenia; qué amigos eran para él los de mayor influjo, y quiénes eran sus vecinos; y por cualquiera parte que Ciceron caminara de la Italia podia sin detenerse expresar y señalar las tierras y las casas de campo de sus amigos. Siendo su hacienda no muy cuantiosa, aunque la suficiente y proporcionada á sus gastos, causaba admiracion que no recibiese ni salario ni dones por las defensas; lo que aun se hizo mas notable cuando se encargó de la acusacion de Verres. Habia sido este Pretor de la Sicilia, donde cometió mil excesos; y persiguiéndole los Sicilianos, Ciceron hizo que se le condenara, no con hablar, sino en cierta manera por no haber hablado: porque estando los Pretores de parte de Verres, y prolongando la causa con estudiadas dilaciones hasta el último dia, como estuviese bien claro que esto no podia bastar para los discursos, y el juicio no llegaria á su término, levantándose Ciceron, expresó que no habia necesidad de que se hablase; y presentando los testigos, y examinándolos, concluyó con decir que los jueces pronunciaran sentencia. Con todo, en el discurso de esta causa se cuentan muchos y muy graciosos chistes suyos. Porque los Romanos llaman *Verres* al puerco no castrado; y habiendo querido un liberto llamado Cecilio, sospecho de judaizar, excluir á los Sicilianos, y ser él quien acusara á Verres, le dijo Ciceron: ¿qué tiene que ver el judío con el puerco? Tenia Verres un hijo ya moéto, de quien se decia que no hacia el mas liberal uso de su belleza; y motejando Verres á Ciceron de afeminado: á los hijos, le repuso, no se les reprende sino de puertas adentro. El orador Hortensio no se atrevió á tomar la

defensa de la causa de Verres; pero le patrocinó al tiempo de la tasacion; por lo que recibió en precio una esfinge de marfil; y habiéndole echado Ciceron alguna indirecta, como le respondiese que no sabia desatar enigmas, le repuso este con presteza: pues la esfinge tienes en casa.

Habiendo sido de este modo condenado Verres, tasó Ciceron la multa que habia de sufrir en setecientas cincuenta mil dracmas; sobre lo que quisieron culparle de que por dinero habia rebajado la estimacion; mas ello es que los Sicilianos le quedaron tan agradecidos, que cuando fue Edil trajeron en su obsequio muchas cosas de la isla, y se las presentaron; pero de ninguna se aprovechó, y solo se valió del afecto de aquellos isleños para que tuviera el pueblo los frutos á un precio mas cómodo. Poseia una tierra bastante extensa en Arpino, y junto á Nápoles; y junto á Pompeya tenia otros dos campos no muy grandes; la dote de su muger Terencia era de ciento veinte mil dracmas; y tuvo una herencia que le produjo unas noventa mil. Pues atenido á solos estos bienes, lo pasó liberal y sobriamente con los literatos Griegos y Romanos que tenia siempre consigo; y muy rara vez se ponía á la mesa antes de haber caido el sol; no tanto por sus ocupaciones, como por la enfermedad de estómago que padecia. Por lo tocante al cuidado de su cuerpo en todo lo demas era nimiamente delicado y puntual; tanto que en las fricciones y los paseos no excedia del número prefijado. Atendiendo de este modo á conservar y recrear su constitucion, se mantuvo sano y en disposicion de poder llevar tantas fatigas y trabajos. En cuanto á casa, la paterna la cedió á su hermano; y él habitaba junto al palacio, para que no sintieran los que le visitaban la mortificacion que habrian de sentir si fueran de mas lejos; y le visitaban diariamente tantos á lo menos como á Craso por su

riqueza y á Pompeyo por su gran poder en los ejércitos, que eran los dos personajes mas admirados y de mayor autoridad entre los Romanos; y aun Pompeyo mismo cultivaba la amistad de Ciceron; cuyo consejo y auxilio en los asuntos de gobierno le sirvieron mucho para el acrecentamiento de su poder y su gloria.

Pidieron al mismo tiempo que él la pretura muchos y muy distinguidos ciudadanos, entre los que fue sin embargo elegido el primero de todos; y los juicios parece que los despachó íntegra y rectamente. Refiérese que juzgado por él en causa de malversacion Licinio Macro, varón por sí mismo de gran poder en la ciudad, y sostenido ademas por la proteccion de Craso, confiando demasiado en el favor de este y en los pasos que se habian dado, se marchó á casa cuando todavía los jueces estaban dando los votos, é hizo que inmediatamente le cortaran el cabello; se vistió de blanco como si ya hubiera vencido en el juicio, y se dirigia otra vez al tribunal; y que habiéndole encontrado Craso en el atrio, y anunciándole que habia sido condenado por todos los votos, se volvió adentro, se puso en cama y murió: suceso que concilió á Ciceron la opinion de que regia con zelo el tribunal. Sucedió que Vatinius, hombre áspero, acostumbrado á no tratar con el mayor respeto á los magistrados en sus discursos, y que tenia el cuello plagado de lamparones, pedia una cosa á Ciceron, y como no la concediese, sino que se parase á pensar por algun tiempo, le dijo aquel, que si él fuera Pretor no tardaria tanto en decidir; á lo que Ciceron contestó con viveza: es que yo no tengo tanto cuello. Cuando no le quedaban mas que dos ó tres días de magistratura, le presentó uno á Manilio, á quien hacia cargo de malversacion; y es de advertir que este Manilio gozaba del aprecio y favor del pueblo, por creerse que en él se hacia tiro

á Pompeyo, de quien era amigo. Pedia término, y Ciceron no le concedió mas que el dia siguiente; lo que llevó á mal el pueblo, porque acostumbraban los Pretores á conceder diez dias cuando menos á los que sufrían un juicio. Citábanle pues para ante el pueblo los Tribunos de la plebe, haciéndole reconvencciones y acusándole; pero habiendo pedido que se le oyese, dijo: que habiendo tratado siempre á los reos con toda la equidad y humanidad que las leyes permitian, le habia parecido muy duro no tratar del mismo modo á Manilio; y no quedándole ya mas que un solo dia de Pretor, aquel era el que de intento le habia dado por término: porque remitir el juicio á otro magistrado entendia que no era de quien deseaba favorecer. Produjeron estas palabras una gran mudanza en el pueblo: así es que celebrándole con los mayores elogios, le rogaron que se encargara de la defensa de Manilio. Prestóse á ello de buena voluntad en consideracion tambien á Pompeyo ausente; y habiendo tomado el negocio desde su principio, habló con energía contra los fautores de la oligarquía, y enemigos por envidia de Pompeyo.

A pesar de esto para el consulado fue generalmente protegido de todos, no menos de la faccion del Senado que de la muchedumbre; poniéndose de su parte unos y otros con este motivo. Verificada la mudanza que Sila introdujo en el gobierno, aunque al principio se tuvo por repugnante, entonces ya parecia haber tomado cierta estabilidad, con la que el pueblo comenzaba á hallarse bien por el hábito y la costumbre; pero no faltaban genios turbulentos que trataban de mover y trastornar el estado presente, no con la mira de mejorarle, sino con la de saciar sus pasiones; valiéndose de la ocasion de estar todavía Pompeyo ocupado en la guerra contra los reyes del Ponto y la Armenia, y de no existir en Roma fuerzas de alguna consideracion. Te-

nian estos por córifeo á Lucio Catilina, hombre osado, resuelto y de sagaz y astuto ingenio; el cual demas de otros muchos y muy graves crímenes, era inculpado entonces de vivir incestuosamente con su hija; de haber dado muerte á un hermano, y de que por temor de que sobre este hecho atroz se le formara causa habia alcanzado de Sila que lo incluyera en las listas de los proscritos á muerte, como si todavía viviese. Tomando pues á este por caudillo toda la gente perdida, se dieron mutuamente muchas seguridades, siendo una de ellas la de haber sacrificado un hombre, y haber comido de sus carnes. Sedujo ademas Catilina á una gran parte de la juventud, proporcionando á cada uno placeres, comilonas y trato con mugerzuelas, y suministrando el caudal para todos estos desórdenes. Estaba fuera de esto dispuesta á sublevarse toda la Toscana, y la mayor parte de la Galia llamada Cisalpina. La misma Roma estaba muy próxima á alterarse por la desigualdad de las fortunas; habiendo los mas nobles y principales desperdiciado las suyas en teatros, banquetes, competencias de mando y obras suntuosas, y habiendo venido á parar la riqueza en la gente mas baja y ruin de la ciudad: de manera que se necesitaba de muy poco esfuerzo, y le era muy facil á cualquiera atrevido hacer caer un gobierno, que de suyo era débil y caedizo.

Mas para partir Catilina de un principio seguro pedia el consulado; y se lisonjeaba de que saldria Consul con Cayo Antonio, hombre que por sí no era propio para estar al frente de nada, ni bueno ni malo; pero que daria peso al poder ageno. Previéndolo así la mayor parte de los honestos y buenos ciudadanos, movieron á Ciceron á que se presentara competidor; y siendo muy bien recibido del pueblo, quedó desairado Catilina, y fueron elegidos Ciceron y Cayo Antonio: no obstante que de todos

los candidatos solo Ciceron era hijo de padre que pertenecía al orden equestre, y no al senatorio. Aunque todavía eran entonces ignorados de la muchedumbre los intentos de Catilina, no faltaron sin embargo grandes altercados y contiendas desde el principio del consulado de Ciceron. De una parte los que por las leyes de Sila no podian ejercer autoridad, que no eran pocos ni carecian de influjo, al pedir las magistraturas hablaban al pueblo, acusando la tiranía de Sila, en gran parte con verdad y justicia; y querian hacer en el gobiernó mudanzas, que ni eran convenientes, ni la sazón oportuna. De otra los tribunos de la plebe proponian leyes análogas y por el mismo término para crear decemviros con plena autoridad, haciéndolos árbitros en toda la Italia, toda la Siria, y cuanto recientemente habia sido adquirido por Pompeyo, para vender los terrenos públicos, juzgar libremente y sin sujecion, restituir los desterrados, fundar colonias, tomar caudales del tesoro público, y reclutar y mantener tropas en el número que necesitasen; por lo cual algunos de los principales ciudadanos se adherian á la ley, y el primero entré ellos el colega de Ciceron Antonio, por esperar que habia de ser uno de los diez. Parecia ademas que sabedor de las novedades meditadas por Catilina, no le desagradaban por sus muchas deudas, que era lo que principalmente hacia temer á los amantes del bien; y esto fue lo primero que acudió á remediar Ciceron. Porque á aquel le decretaron en la distribución de las provincias la Macedonia; y habiendo adjudicado á Ciceron la Galia, la renunció; y con este favor ganó á Antonio, para que como actor asalariado, hiciera el segundo papel en la salvacion de la patria. Cuando ya este quedó así sujeto y docil, cobrando Ciceron mayores brios, se opuso de frente á los novadores; é impugnando, y en cierta manera acusan-

do en el Senado la ley, de tal modo aterró á los que querían hacerla pasar, que no se atrevieron á contradecirle. Hicieron nueva tentativa y como yendo prevenidos, citasen á los Consules ante el pueblo, no por eso se acobardó Ciceron, sino que ordenó que le siguiese el Senado; y presentándose en la junta pública, además de conseguir que se desechara la ley, hizo que los Tribunos desistieran de otros planes. ¡ De tal modo los confundió con su discurso!

Porque Ciceron fue el que hizo ver á los Romanos cuánto es el placer que la elocuencia concilia á lo que es honesto; que lo justo es invencible, si se sabe decir; y que el que gobierna con zelo, en las obras debe siempre preferir lo honesto á lo agradable, y en las palabras quitar de lo util y provechoso lo que pueda ofender. Otra prueba de su gracia y poder en el decir es lo que sucedió siendo Consul con motivo de la ley de espectáculos; porque antes los del orden ecuestre estaban en los teatros confundidos con la muchedumbre, sentándose con esta donde cada uno podía; y el primero que por honor separó á los caballeros de los demás ciudadanos fue el Pretor Marco Oton, asignándoles lugar determinado y distinguido, que es el que todavía conservan. Túvolo el pueblo á desprecio, y al presentarse Oton en el teatro empezó por insulto á silbarle, y los caballeros le recibieron con grande aplauso y palmas. Continuó el pueblo en los silbidos, y estos otra vez en los aplausos; de lo cual se siguió volverse unos contra otros, diciéndose injurias y denuestos, siendo suma la confusion y alboroto que se movió en el teatro. Compareció Ciceron luego que lo supo; y como habiendo llamado al pueblo al templo de Belona, le hubiese increpado el hecho, y exhortándole á la obediencia, cuando otra vez se restituyeron al teatro aplaudieron mucho á Oton, y com-

pitieron con los caballeros en darle muestras de honor y de aprecio.

La sedicion de Catilina, que al principio habia sido contenida y acobardada, cobró de nuevo ánimo, reuniéndose los conjurados, y exhortándose á tomar con viveza la empresa antes que llegará Pompeyo, de quien ya se decia que volvía con el ejército. Inflamaban principalmente á Catilina los soldados viejos del tiempo de Sila, que andaban fugitivos por toda la Italia; y esparcidos el mayor número de ellos, y los mas belicosos por las ciudades de Toscana, no soñaban en otra cosa que en volver á los robos y saqueos. Estos pues, teniendo por caudillo á Manlio, que habia sido uno de los que con mas gloria habian militado bajo las órdenes de Sila, se unieron á la conjuracion de Catilina, y se presentaron en Roma á ayudarle en los comicios consulares. Porque pedía otra vez el consulado, teniendo resuelto dar muerte á Ciceron en medio del tumulto de los comicios. Parecia que hasta los Dioses prenunciaban lo que iba á suceder con terremotos, con truenos y fantasmas. Las denuncias de los hombres bien eran ciertas; pero todavía no podian darse á luz contra un hombre tan ilustre y poderoso como Catilina. Por tanto dilatando Ciceron el dia de los comicios, llamó á Catilina al Senado, y le preguntó acerca de las voces que corrían. Este, que juzgaba ser muchos en el Senado los que estaban por las novedades, poniéndose á mirar á los conjurados, dió tranquilamente á Ciceron esta respuesta: ¿se podrá tener por cosa muy extraña, habiendo dos cuerpos, de los cuales el uno está flaco y moribundo, pero tiene cabeza, y el otro es fuerte y robusto, mas carece de ella, el que yo le ponga cabeza á este? Quería designar con estas expresiones enigmáticas al Senado y al pueblo; por lo que entró Ciceron en mayores rezelos; y vistiéndose una coraza, todos

los principales de la ciudad y muchos de los jóvenes lo acompañaron desde su casa al campo Marcio. Llevaba de intento descubierta un poco la coraza, habiendo desatado la túnica por los hombros, á fin de dar á entender á los que le viesén el peligro. Indignados con esto se le pusieron alrededor, y por fin hecha la votacion, excluyeron por segunda vez á Catilina, y designaron Cónsules á Silano y Murena.

De allí á poco, dispuestos ya á reunirse con Catilina los de la Toscana, y no estando lejos el día señalado para dar el golpe, vinieron á casa de Ciceron á la media noche los primeros y mas autorizados entre los ciudadanos, Marco Craso, Marco Marcelo y Escipion Metelo. Llamaron á la puerta, y haciendo venir al portero, le mandaron que despertara á Ciceron, y le enterara de su venida, la cual tuvo este motivo. Estando Craso cenando, le entregó su portero unas cartas traídas para un hombre desconocido, y dirigidas á varios; y entre ellas al mismo Craso una anónima. Leyó esta sola, y como viese que lo que anunciaba era que habian de hacerse muchas muertes por Catilina, exhortándole á que saliera de la ciudad, ya no abrió las otras, sino que al punto se fue en busca de Ciceron, asustado de anuncio tan terrible, y tambien para disculparse á causa de la amistad que tenia con Catilina. Habiendo meditado Ciceron sobre lo que deberia hacerse, al amanecer congregó el Senado, y llevando consigo todas las cartas, las entregó á las personas que designaban los sobrescritos, mandando que las leyeran en voz alta. Todas se reducian á anunciar el peligro y las asechanzas de una misma manera; y con aviso que dió Quinto Arrio, que habia sido Pretor, de que en la Toscana se habia reclutado gente; y noticia que se tuvo de que Manlio andaba inquieto por aquellas ciudades, dando á entender que es-

peraba grandes novedades de Roma, tomó el Senado la determinacion de encomendar la república al cuidado de los Cónsules, para que vieran y excogitaran los medios de salvarla: determinacion que no tomaba el Senado muchas veces; sino solo cuando amenazaba algun grave mal.

Conferida á Ciceron esta autoridad, los negocios de afuera los confió á Quinto Metelo, tomando él á su cargo el cuidado de la ciudad; para lo que andaba siempre guardado de tanta gente armada, que cuando bajaba á la plaza ocupaban la mayor parte de ella los que le iban acompañando. Catilina, no pudiendo sufrir tanta dilacion, determinó pasar al ejército que tenia reunido Manlio; dejando orden á Marcio y á Cetego de que por la mañana temprano se fueran armados con espadas á casa de Ciceron como para saludarle, y arrojándose sobre él, le quitaran la vida. Dió aviso á Ciceron de este intento Fulvia, una de las mas ilustres matronas, yendo á su casa por la noche, y previniéndole que se guardara de Cetego. Presentáronse aquellos al amanecer, y no habiéndoles dejado entrar, se enfadaron y empezaron á gritar delante de la puerta; con lo que se hicieron mas sospechosos. Ciceron salió entonces de casa, y convocó el Senado para el templo de Júpiter Ordenador, al que los Romanos llaman *Estator*, construido al principio de la via sacra, como se va al palacio. Pareció allí Catilina entre los demas como para vindicarse; pero ninguno de los Senadores quiso tomar asiento con él, sino que se mudaron de aquel escaño; y habiendo empezado á hablar, le interrumpieron: hasta que levantándose Ciceron le mandó salir de la ciudad, porque no usando el Consul mas que de palabras, y empleando él las armas, debian tener las murallas de por medio. Salió pues Catilina inmediatamente con trescientos hombres armados, haciéndose preceder de las fascés y las hachas,